



Pascua 2022

"Toda la autoridad en el cielo y en la tierra le ha sido dada [a Jesús]". Mateo 28:18

En el Evangelio de Mateo, las primeras palabras de Jesús después de la resurrección fueron una llamada a dejar de lado el miedo y a viajar a Galilea, donde Jesús dijo: "Se me ha dado toda autoridad en el cielo y en la tierra" (Mateo 28:18). En un mundo saturado de fuerzas que se hacen pasar por autoridad, la Pascua es un recordatorio de que los poderes seductores de hoy son derrotados decisivamente por Jesús. La Pascua es una llamada a vivir en la identidad y la autoridad que se encuentran en Jesús a la luz de la eternidad.

En el ínterin, Jesús está presente con aquellos que experimentan un sufrimiento brutal y desamparado mientras los poderes de este mundo, limitados por el tiempo, hacen estragos. Si alguna vez hubo un momento que se describiera con precisión como de abandono de Dios, sería cuando el propio Jesús "gritó en voz alta: '*Elí, Elí, lama sabactani...*' (que significa 'Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?')" (Mateo 27:46). En su crucifixión, Jesús se identifica con el sufrimiento del mundo, y en su resurrección, Jesús demuestra una autoridad de la eternidad que hará que el viejo orden de cosas pase y todo sea hecho nuevo (Apocalipsis 21:4-5).

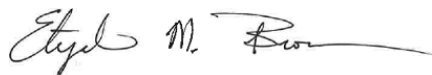
La Pascua es una llamada paradójica a vivir en la esperanza mientras nos unimos a Jesús en la entrega de nuestras vidas. En la crucifixión, dos testigos modelan esta voluntad. José y Nicodemo, miembros del Sanedrín que había condenado a muerte a Jesús en una casa particular con falsos testigos, eligieron este momento de dolor e injusticia para identificarse con Jesús (Juan 19:38-42). Mientras el Salvador del mundo colgaba en la quietud de los muertos, fue una respuesta valiente identificarse públicamente con un cuerpo abandonado para que se pudriera en la ladera de una colina con la aprobación del gobierno, la aprobación de los líderes religiosos, y mientras el ejército más poderoso del mundo empuñaba el martillo. Estos testigos de la Pascua, sin una

tumba vacía de resurrección ni garantía de seguridad personal, eligieron separarse de la mayoría silenciosa para identificarse con un cuerpo considerado desechable.

Hoy hay demasiados cuerpos considerados desechables. En la guerra en Ucrania, los cuerpos torturados se han dejado descomponer durante semanas a un lado de la carretera o en fosas comunes excavadas a toda prisa. En un mundo en el que 500 millones de personas han contraído el COVID-19, los países norteamericanos y europeos acaparan vacunas en nombre de la seguridad, mientras niegan casualmente los medicamentos que salvan vidas. En los colapsos económicos totales de Sri Lanka, Líbano y Venezuela, unos pocos corruptos parecen mantener el control mientras condenan a millones de personas al sufrimiento y la inanición. En Nigeria, se pide un rescate por los niños, mientras que en Myanmar, millones de personas están refugiadas y los militares atacan a sus propios ciudadanos. Los bebés son desechados. La violencia racista extiende su pecaminoso legado. En todas las ciudades, se ignora fácilmente a los sin techo y a los que trabajan en la más profunda pobreza por el pan de cada día, o peor aún, se racionaliza su lucha. Donde la crucifixión de Jesús es la identificación con todos los que han sido considerados desechables, José y Nicodemo son una llamada a servir precisamente en estos momentos con la esperanza de la resurrección.

José y Nicodemo, que habían sido discípulos secretos, se transformaron cuando cuidaron del cuerpo de Jesús y dieron públicamente de sus propios recursos. En estos actos de servicio, Dios los utilizó de manera poderosa, al igual que Dios puede utilizar a cada uno de nosotros. Como José y Nicodemo, debemos unirnos a Jesús en el dolor y el pecado de este mundo en un camino de valor, esperanza y servicio. Jesús está vivo. Por lo tanto, podemos escuchar esas primeras palabras posteriores a la resurrección y dejar de lado nuestro miedo y caminar hacia el dolor con un servicio que proclame con valentía que la esperanza, la paz y la nueva vida resucitada son posibles hoy y están prometidas en Jesús para la eternidad.

Esta Pascua, en nombre de la Alianza Bautista Mundial, una familia en 128 países y territorios que proclama que toda la autoridad en el cielo y en la tierra está en Jesús, sirvamos con la esperanza y el valor de la eternidad.



Elijah M. Brown
Secretario General